EN TORNO A LA
POLÍTICA EN MÉXICO
ACTUALIDAD DE LA
REFLEXIÓN FILOSÓFICA

Rosa Romero*

César Mureddu**

Introducción

Nunca, como ahora, México necesita que los gobernantes, los representantes y la población en general cuenten con elementos de reflexión en torno a los diversos aspectos que componen el complejo escenario político.

La reflexión filosófica sobre la política, lo político y los políticos ha sido una actividad constante en el horizonte del pensamiento occidental. Efectivamente, tal práctica ha aparecido de modo sistemático desde que Platón recogiera el testimonio del juicio a Sócrates, o desde que escribiera su famoso diálogo *La República*.

No obstante que la reflexión filosófica ha tenido un desarrollo histórico continuo y prolongado, a pesar de haber contado con nuevos enfoques dados por las aportaciones de cada generación, el ser humano en general y las colectividades conformadas por él, en particular, han contado siempre con rasgos peculiares. Son las peculiaridades, en efecto, las que han obligado a reconsiderar conceptos, a afinar categorías, a analizar situaciones concretas, propias de cada momento histórico.

* Departamento de Política y Cultura, UAM-X.

** Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM y Departamento de Política y Cultura, UAM-X.

ROMERO Y MUREDDU

Las aportaciones de cada época y lugar han enriquecido constantemente este campo de reflexión.

Esta característica especial de la reflexión filosófica, que se eleva desde lo concreto para buscar las constantes, para distinguir las similitudes y establecer las diferencias, incita en esta ocasión a incursionar en ella, desde la peculiaridad de la condición política del México de los inicios del siglo XXI. Por ello, es necesario exponer con claridad las peculiaridades del México de hoy, para establecerlas como condicionantes de la reflexión. De esta manera podremos ascender juntos en la tarea de reconstrucción, análisis o afinación de los elementos que tomemos como objeto de esta labor interpretativo-crítica de las actividades políticas contemporáneas.

Es importante enfatizar la intención de lo que se presenta en este escrito, iniciando por el título. Trataremos de buscar el sentido que puedan tener hoy algunas categorías que fueron acuñadas para dar cuenta de situaciones políticas, quizás, muy distintas a las que se viven en México en estos inicios del tercer milenio.

152

Lo primero que haremos en este trabajo será exponer la relación que pueda establecerse entre lo que se denomina con el término *opinión pública* y el mundo de la política moderna, entendiendo por esta última las relaciones entre los factores reales de poder al interior del modo de constituirse los Estados-Nación cuyos ordenamientos constitucionales derivaron de la Revolución francesa. Es a ese tipo de Estado al que hoy se denomina *moderno*. De ahí se deriva que nuestro primer apartado se titule Opinión pública y modernidad.

La segunda cuestión consiste en el estudio de otras condiciones aparecidas posteriormente en la historia de las relaciones humanas. En efecto, después de haber sufrido profundas transformaciones, las relaciones políticas en el interior de los Estados modernos aparecieron, en el tiempo, otros elementos propios de la vida pública. Por ello, el segundo apartado se titula: Sociedad y participación. Se entiende con ello que a la opinión pública *simple*, por decirlo de alguna manera, se le añadieron aspectos que no la acompañaban en el momento en que apareció por vez primera.

LA POLÍTICA EN MÉXICO

La acuciosidad en el análisis mencionado es importante, ya que, a nuestro juicio, la particular coyuntura política de transformación, por la que atraviesa la vida pública y la organización de la sociedad en México, puede originar hoy equívocos y, en el peor de los casos, equivocaciones y errores. De ahí se sigue la tercera y última parte de estas reflexiones. Nos pareció adecuado para titularla enunciar una pregunta: *México y su opinión pública: ¿perversidad? ¿ingenuidad?* La validez de este aserto queda en manos del lector. Para que pueda cumplirse esta tarea aportaremos los elementos que permitan caracterizar a la opinión pública que se ejerce en el México de hoy. Al fin de cuentas el lector determinará la dosis de perversidad, de ingenuidad, de ambas o de ninguna que asiste hoy al fenómeno social denominado genéricamente con el término *opinión pública*.

Con estos puntos aclaratorios en mente, pasaremos ahora a desarrollar cada uno de los apartados.

1. Opinión pública y modernidad

Cuando utilizamos el lenguaje para denominar hechos, objetos o fenómenos deben ser aclaradas dos cuestiones fundamentales: en qué consiste lo que pretende nombrarse y cuándo fue que comenzó a nombrarse de tal forma.

La tarea mencionada es de gran importancia, debido a la tendencia a olvidar el contexto específico en el cual surgió la necesidad de denominar de determinada manera aquello que, en este caso estamos estudiando. Frecuentemente se encuentra en la vida cotidiana el hecho de hablar y discutir sobre algo, sin saber ni de dónde viene el modo de nombrarlo ni el momento en que surgió la necesidad de hacerlo.

La estructura de la presente sección está concebida de forma que permita observar algunas características relevantes que presentó, en otros tiempos, el fenómeno que hoy llamamos opinión pública. En efecto, puede ser que rasgos correspondientes a otros regímenes políticos hayan hecho aparecer con otros atributos lo que hoy es tan normal y

ROMERO Y MUREDDU

cotidiano. Con ello también podremos establecer cuándo surgió propiamente el hecho mencionado en la sociedad moderna.

Remontándonos a la historia más antigua apareció algo que se asemeja a lo que hoy denominamos opinión pública. En el contexto de la cultura y la política occidentales, la democracia ateniense presenta el ejemplo más antiguo. En la famosa *Apología de Sócrates*, Platón dejó consignado lo que sucedió por haber acumulado su maestro la animadversión de enemigos poderosos a lo largo de su vida. Sócrates criticó acremente su actuar público. Ellos, como enemigos, lo llevaron a encarar en su vejez, frente a la población ateniense, un juicio de impiedad. Si tratásemos de encontrar un parangón moderno del significado de la acusación contra Sócrates, tendríamos que acudir al concepto jurídico de *disolución social*. De esta forma, esta acusación sería semejante a lo que enfrentaron los jóvenes de la década de los años 1960 en las protestas de los movimientos estudiantiles de diversas partes del mundo, o tendría forma similar a lo que el Estado Chino esgrimió contra los jóvenes de la Plaza de Tian-an-Men.

154

Es obvio que en Platón no encontraremos los términos mencionados, ni opinión pública, ni disolución social. Lo que apareció fue la impiedad contra el Estado ateniense, sostenido por diversos tipos de argumentos, que para cualquiera que hubiera conocido a Sócrates, le podrían parecer falaces. Lo que Platón consignó fue la inclinación que tuvieron los ciudadanos a dar crédito a las interpretaciones de los hechos realizadas por sus acusadores. Finalmente, los atenienses, manifestaron su dictamen, expresaron su opinión y emitieron la terrible sentencia.

Sin embargo, aun cuando ahí se dio la *externalización* de un pensamiento de los ciudadanos, de ninguna manera tal hecho puede ser entendido como similar a lo que hoy denominamos con el término que nos ocupa: *opinión pública*.

No parece necesario detenernos gran tiempo en el análisis de las diferencias, basta enfatizar el modo como los ciudadanos de la Atenas de Pericles, desde el siglo V a.C., concebían su participación y cómo las estructuras físicas de la ciudad promovían la participación y la permanencia de los mismos embebidos en las cuestiones públicas. Con esta

LA POLÍTICA EN MÉXICO

comparación, aún aceptando que la democracia ateniense sólo aceptaba el voto de los hombres libres, permite comprender lo lejos que está la llamada opinión pública moderna de lo que fue el ejercicio democrático de las ciudades-estado de Grecia.

Continúa pues siendo impostergable determinar el modo, las circunstancias y los hechos que se englobaron con una denominación que, al parecer, no es fácil de enmarcar. Claramente se tiene datado cuándo fue el momento en que se acuñó la denominación del antecedente inmediato y directo del concepto que nos ocupa. El contexto es el de Europa de la última parte del siglo XVIII, después de la Revolución francesa. En efecto, apenas una década después de ese famoso movimiento que sacudió a Europa entera, el filósofo de Königsberg publicó su célebre tratado *Sobre la paz perpetua*.¹ Ahí el filósofo propone a la *publicidad* “como antídoto contra las políticas tenebrosas”. La palabra que alude a lo que posteriormente pudiera ser denominado *opinión pública* es lo que Kant denomina *publicidad*. Por ella se entiende el sentido literal ‘dar al público’, ‘hacer algo del dominio público’. En este caso Kant propone que se debe dar a la luz pública lo que el político pretende, para que pueda ser confrontado con otras voces autorizadas.

El recurrir al sentido de lo público se convierte en manos de Kant en un instrumento de razonamiento filosófico, por el cual demuestra la necesidad de abandonar el campo cerrado de los conventículos y conciliábulos políticos, que en todo caso son particulares, para acceder al terreno de la totalidad de la sociedad. Por ello afirma que “si sólo por medio de la publicidad pueden alcanzar el fin que se proponen es porque concuerdan con el fin general del público: la felicidad. El problema propio de la política es ese: conseguir la felicidad del público, conseguir que todo el mundo esté contento con su suerte”.²

Una vez que hemos determinado el momento en que se acuñó la denominación del sentido de lo público en su forma inicial, como *publicidad*, como la acción de publicar, sería conveniente encontrar

155

¹ Emmanuel Kant, *La paz perpetua*, 1979, Madrid, Espasa Calpe.

² *Ibid.*, p. 158.

ROMERO Y MUREDDU

las situaciones a las que alude Kant y a las que denominó “políticas tenebrosas”, en el marco de las consecuencias de la Revolución francesa, con las que dio inicio la modernidad.

Indudablemente se encuentra entre medias la transición del feudalismo a la modernidad política. Muy probablemente Kant está teniendo en cuenta alguna de las situaciones propias de esa transición para oponerse a la tenebrosidad con la publicidad. Muy probablemente también no sea Francia y menos aún la Francia revolucionaria la que inspiró esa acertada frase. Sigamos el curso de los acontecimientos y será la cronología histórica la que permitirá encontrar los primeros rastros de lo que hoy llamamos opinión pública, así como también su primera forma de operar.

Es un siglo antes, en el siglo XVII, durante la Restauración inglesa, incentivada por algunos miembros de la Cámara de los lores, cuando aparece por primera vez una práctica similar a la que hoy conocemos como opinión pública. Los lores la propusieron para apoyar la política del Rey James II, en lo que dio en llamarse *The Bloodless Revolution*.

156

En efecto, antes de las luchas parlamentarias, Carlos I había abusado de un pequeño Consejo real, por fuera de las discusiones del Parlamento. En cierta forma fue esa actitud del Rey la que motivó la rebelión capitaneada por Oliver Cromwell. Que fuese la tiranía y la política secreta de Carlos I o los intereses de la parte más activa de la sociedad inglesa las que estaban en juego no es cuestión que atañe al presente estudio, ya que además de lo dicho se mezclan los intereses de la comunidad cristiana en Inglaterra y Escocia, separada de la Iglesia romana. Se mezclan los intereses de aquellos que habían sido favorecidos con la secularización de los bienes eclesiásticos, con lo que las cuestiones de gobierno y de política se ven enrarecidas con las cuestiones de posesión.

El resultado fue claro, la muerte de Carlos I en 1648, el ascenso de Carlos II hasta 1660, casi doce años de interregno, de experimentos que no fraguaron ni en sentido republicano, ni en sentido monárquico.³

³ Günter Barudio, *La época del Absolutismo y la Ilustración 1648-1779*, 1986, México, Siglo XXI, p. 370.

LA POLÍTICA EN MÉXICO

Sólo quince años más tarde, en 1685 cuando James II llega al trono, los Lores utilizarán una modalidad que sirva para hacer pública la política y, a su vez que sirva para frenar ambos excesos: tanto la arbitrariedad de los consejos paralelos, como la posibilidad de revuelta social, a la manera de la comandada por Cromwell. El arma utilizada para tan espectacular efecto consistió en la publicación diaria de los debates parlamentarios para que todos se enterasen y tuvieran oportunidad de mostrar su parecer. En efecto, los hechos que Cromwell perpetró, incluida la muerte del Rey, no podrían suceder otra vez.

Una cosa es hacer del dominio público lo que se está discutiendo en el Parlamento y otra muy distinta es influir en lo que se está discutiendo. Con la publicación diaria (de ahí el nombre inicial de la prensa escrita)⁴ de los debates se logró que la participación de los súbditos sirviera, para con el Rey, de un árbitro externo, que mediara en las pugnas entre los distintos grupos en conflicto. Por otra parte, el Parlamento tendría que mostrarse más sensible sobre aquellos temas que fueran importantes para la gente. Con la primera derivación el Rey no tendría más que temer al Parlamento, pues los súbditos, convertidos ahora en *opinión pública* podrían temperar al Parlamento. Los detentadores del poder parlamentario también podrían estar tranquilos respecto a cualquier otra manifestación de violencia contra las decisiones tomadas, para ello serviría también la *opinión pública*.

Normalmente en este punto los estudiosos suelen otorgar a la sociedad inglesa el mérito de haber sido la primera manifestación de la participación política del mundo moderno. Sin embargo, particularmente Inglaterra del siglo XVII, o de cualquier siglo posterior, difícilmente puede ser tomada como ejemplo a seguir, para manejar exitosamente una república representativa. La distorsión se ha debido a la excesiva carga clasista que la interpretación marxista efectuó respecto a los cambios jurídicos. Son fundamentales las interpretaciones sobre la obra de Hobbes en torno a la posesión, quien frecuentemente ha sido tomado

157

⁴ Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, 1981, Barcelona, Gustavo Gili.

ROMERO Y MUREDDU

como punto de partida para el cambio de los antiguos ordenamientos medievales sobre la materia.⁵

No sólo fue la cuestión de la posesión, la que debió ser “remendada” al entrar en esa relación con los bienes expropiados a la iglesia de Roma, la cuestión más espinosa se centró en la relación política de los súbditos con el rey. Estamos en presencia de un reino medieval, cuyo juego de interacción social difícilmente podía rebasar los límites del conflicto establecido en una sociedad estamental asumida y aceptada como tal por los distintos grupos que la componían. Incluso hoy tal sociedad sigue estando integrada por grupos semejantes, aunque con matices un poco diversos. El ejemplo más claro lo tenemos en las mismas condiciones de las llamadas luchas parlamentarias. Únicamente pueden ser entendidas esas luchas si se ubican en el marco de ordenamientos sociales, en los que se disputaba la posibilidad extrema, aquella por la cual la autoridad real dirigiese tanto los actos de Estado como los dictámenes de la conciencia de los súbditos del reino. Sólo mediante tales premisas puede entenderse porque Inglaterra no dio el salto hacia una organización republicana, sino que volvió atrás con el llamado de Carlos II al trono, de manera extemporánea, doce años después de haber muerto Carlos I.

158

Las consecuencias de esta observación son de gran importancia porque una sociedad de estamentos⁶ no es una sociedad de clases. Que la Inglaterra del siglo XVII fuese una sociedad monárquica con fuertes instituciones estamentales significa que ninguno de los grupos que la componía disputaba a los otros su lugar o su poder en el conglomerado social. Significa también que cuando se pusieran en la agenda de la discusión los puntos del orden del día, ninguno de los grupos involucrados estaba proponiendo una agenda oculta. El que hayan ideado una forma de poner en manos del público, (que supiera leer),

⁵ Cfr. G. Barudio, *op. cit.*, p. 317.

⁶ Estamentos y estamental se están utilizando en sentido técnico, como fueron introducidos en la sociología por Max Weber (cfr. *Economía y sociedad*, 1979, México, FCE, p. 242 s.).

LA POLÍTICA EN MÉXICO

los puntos de discusión del Parlamento, no quiere decir que con ello se alterasen los intereses en juego en la discusión, ni que con la publicación diaria la gente tomase parte en las decisiones. Antes bien pareciera lo contrario, que, por paradoja produce lo mismo: si en el pasado fue el conciliábulo, la voluntad del Rey lo que determinaba los destinos del Reino y no enteraba a nadie de “los dictados de su corazón”, ahora que el Parlamento congrega a quienes conducen al reino, cuanto más acceso tengan los súbditos a la información, tanto menos se enterarán o se involucrarán en lo que ella significa. Por lo tanto la *opinión pública* no pasaría de ser un mero mecanismo adicional de legitimación, frente a los nuevos modos de decisión, llevados a cabo por quienes siempre tuvieron en sus manos la capacidad de decidir.

Es importante subrayar que si bien el nacimiento de la opinión pública se dio en un contexto social estamental, su persistencia hasta nuestra época pudiera responder más a un fenómeno mimético de lectura social que los politólogos aplican. Pudiera ser también que se conserve a modo de estribillo que los tomadores de decisiones prefieren para legitimar, también, sus propias conclusiones. Lo curioso del caso es la conservación de su uso aun en naciones como la nuestra en la que se practica una democracia por votación de representantes que no tiene nada que ver con el parlamentarismo estamental que le dio vida.

Esta última constatación, la utilización de un término nacido en un contexto y utilizado en otro, quizá con el mismo sentido o quizá no, es la que permite pasar al siguiente nivel de análisis propuesto.

159

2. Sociedad y participación: opinión vs. asociación

Como dijimos al principio estamos utilizando a la Revolución francesa como el gran parteaguas que dio inicio a la modernidad política. Veamos entonces que sucedió con las modernas naciones-estado, una vez que las tesis preconizadas por dicha convulsión fueron aceptadas y aplicadas en casi todas las latitudes. En efecto, los principios de ordenación y organización que han generado a las sociedades actua-

ROMERO Y MUREDDU

les han sido fruto de múltiples experiencias. Todas ellas han llevado a incorporar en sus códigos legislativos fundamentales elementos fuertemente influenciados por dos eventos demoledores: la caída del régimen monárquico con la Revolución francesa y el fin de los grandes imperios dinásticos, como resultado de la Gran guerra de 1914.

Los resultados de estas experiencias colectivas rebasan la conciencia política de cada Estado-Nación. Paulatinamente estas experiencias fueron codificadas e incorporadas en los lineamientos que conducen la acción de instituciones con vocación universal. Tal fue el caso de la extinta Sociedad de Naciones, propuesta a raíz de la Primera guerra mundial, sustituida posteriormente, por la Organización de Naciones Unidas al terminar la Segunda guerra mundial.

La influencia de estas instituciones impuso modelos de democracia en las nacientes naciones, a través de procesos de descolonización durante todo el siglo XX. Los resultados de estos esfuerzos no han sido homogéneos. De hecho, no era posible esperar otra cosa, ya que tampoco es homogénea la definición de democracia que sirve de base para el desarrollo del pensamiento político de aquellos países llamados del Primer mundo.

160

Debido a esas influencias y a pesar de las diferencias en opiniones y convicciones, durante todo el siglo XX ha prevalecido un prototipo de organización en las sociedades: la democracia representativa.⁷ Para que tal modelo político funcione requiere por parte de la sociedad una forma ordenada de participación ciudadana. La estructura más generalizada ha consistido en la conformación de un sistema de partidos, cuyo funcionamiento y participación en los procesos generales de elección ha permitido la renovación de los gobernantes. La participación partidista, por lo menos hasta el siglo XX, ha implicado que los

⁷ Se llama “democracia representativa al sistema político en que los gobernantes son elegidos por los ciudadanos y considerados de esta forma como sus representantes. Se ha dicho que la representación política es la base de las instituciones occidentales” (Maurice Duverger, *Instituciones políticas y derecho constitucional*, 1970, Barcelona, Ariel, p. 123).

LA POLÍTICA EN MÉXICO

miembros de un partido profesen una misma doctrina política.⁸ En efecto, las diversas corrientes partidistas abanderaron la mayor parte de las pugnas electorales y de los conflictos políticos. Las denominaciones políticas de izquierda o derecha caracterizaron a las distintas doctrinas y teorías, cuyos principios inspiraron a distintos partidos en muchos estados-nación.

Independientemente de lo anterior, nuestro interés está centrado en las formas de participación que la sociedad puede tener en el ámbito político. Por ello, es necesario enfatizar que, con la llegada de las democracias,⁹ y especialmente con las formas republicanas, el ciudadano adquiere todos los derechos, inclusive los políticos, por el simple hecho de nacer en el territorio de una república. Sucede ahora en cada república lo que sucedió en la antigua Roma. Dentro de los derechos políticos adquiridos por nacimiento por todo ciudadano están el derecho de asociación y el derecho de manifestación, para nuestro propósito éstos son los derechos más relevantes y dignos de atención dado el enfoque del presente estudio.

Los fenómenos sociales del siglo XX ostensiblemente han hecho más complejas las relaciones y las tensiones políticas que deben atender los gobiernos. Arbós y Giner son sumamente cuidadosos al percibir esas dificultades que hacen más compleja la acción de gobernar: “el cuerpo político de los países que gozan de una forma de gobierno dotado de legitimidad popular sufre hoy presiones de toda índole que, juntas, pueden producir efectos perversos para la propia democracia”.¹⁰ Obviamente es de gran importancia que los análisis políticos contemporáneos encuentren, como en este caso, que los gobiernos sufren

161

⁸ Cfr. Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, 2000, México, FCE.
⁹ Cuya premisa básica es que “la democracia no constituye solamente, ni siquiera principalmente, un medio por el cual diferentes grupos pueden conseguir sus fines, o aspirar a una sociedad justa, es precisamente la sociedad justa en acción”, Seymour Martin Lipset, *El hombre político*, 1993, México, REI, p. 357.
¹⁰ Xavier Arbós y Salvador Giner, *La gobernabilidad. Ciudadanía y democracia en la encrucijada mundial*, 1998, México, Siglo XXI, p. VII.

ROMERO Y MUREDDU

presiones de diversa índole y que tales presiones puedan producir efectos perversos. Sin embargo, lo más importante consiste en determinar el tipo de interés, cuya defensa puede convertirse, eventualmente, en foco de presión. Los autores mencionados opinan que: “las presiones demográficas y migratorias, las precariedades ecológicas, las innovaciones técnicas, los nuevos movimientos ideológicos y sociales, las exigencias crecientes de los diversos sectores de la ciudadanía, entre otros factores ejercen con frecuencia demandas mutuamente contradictorias que dificultan la tarea de gobernar, así como la más importante aún de gobernarnos a nosotros mismos”.¹¹

El obstáculo que releva este estudio, aquél que dificulta la tarea de gobernar y de gobernarnos es uno de los compromisos más claros que pudiera enfrentar el Estado moderno contra la razón primordial de la teoría contractualista. En efecto, al razonar en torno a las actividades que constituyen la institucionalidad del Estado, los autores, cuyo pensamiento nos ocupa, afirman, entre otras cosas que: “el gobierno, desde el momento de la aparición del Estado, y aún antes, consiste en una institución que se erige en núcleo central de una comunidad política. Este núcleo reúne o intenta reunir, entre otras, las condiciones siguientes:

162

- a. Detenta –a menudo compartiéndola con presidencias estatales, parlamentos y tribunales– la autoridad suprema de un Estado, su soberanía;
- b. Transmite órdenes que los súbditos –frecuentemente ciudadanos– deberían obedecer, es decir, ‘ordena’ la vida económica, política y cultural hasta donde llega el alcance de dichas órdenes;
- c. Distribuye y redistribuye los bienes y recursos materiales que controla según su voluntad, es decir, atribuye ingresos, extrae impuestos y destina servicios y riqueza;

¹¹ *Ibid.*

LA POLÍTICA EN MÉXICO

- d. Otorga y quita privilegios, autoridad y reconocimiento a sus súbditos, es decir distribuye honores, castigos y ventajas o desventajas sociales a individuos o colectivos determinados;
- e. Se responsabiliza de la gerencia de aquellos aspectos de la vida social que no pueden estar en manos exclusivas de un grupo particular, pues son bienes u objetivos colectivos generales como, por ejemplo, la conducción de la guerra, la emisión de moneda o la administración de justicia”.¹²

Las presiones a que se aludió anteriormente, parece ser que ponen en riesgo una lista que atañe a actividades de enorme importancia, entre otras cosas, para el sostenimiento del fundamento mismo del Estado. Para proyectar un poco más luz sobre el sentido de lo que puede estar ocurriendo, es necesario caracterizar mejor lo que pasó con las estructuras básicas que dirigían la actividad política, los partidos. En efecto, durante la mayor parte del siglo XX, las relaciones políticas de casi todos los países del orbe se vieron nutridas por las luchas entre grupos e intereses, cuyo objetivo claramente declarado fue el intento de asumir el poder. Sin embargo, después de la Segunda guerra mundial la discusión teórica se fue desplazando, en el intento de delimitar el papel de otros actores sociales, además de los partidos. Los estudios sobre las actividades políticas al interior de la sociedad comenzaron a ser un poco más finos. Viejas distinciones que el pasado había introducido, como aquella que podía leerse en autores del siglo XIX entre la sociedad política y la sociedad civil, fueron puestas otra vez en la palestra. De esta forma la discusión se vio incentivada hasta el punto de poder discernir dos grandes vertientes al interior de la actividad pública de la sociedad:

- a. aquella que describe la interacción estrictamente social y
- b. aquella otra que se refiere a la representación política que, a partir de la manifestación mayoritaria rige y gobierna dicho interactuar de la sociedad.

¹² *Ibid.*, p. 4.

ROMERO Y MUREDDU

En efecto, particularmente desde 1963, año en que se publicó por vez primera *Los nervios del Gobierno*,¹³ comenzaron a ser objeto de análisis los actores sociales y las consecuencias del interactuar social, diferenciándolos de su representación política. Los análisis fueron realizados con enfoques teóricos e ideológicos diversos. Obviamente, los grandes conceptos aplicados para enmarcar dichos elementos de la vida pública y social se referían a los partidos políticos, sin embargo, la disección que se estaba realizando al sistema nervioso del poder dejó en claro que “en la vida política y en la vida social, los sistemas autónomos mayores están compuestos de modo característico, por unidades más pequeñas que son, a su vez, autónomas y que pueden tener un grado más elevado de autonomía que la unidad mayor de que forman parte”.¹⁴

164

Es necesario, por tanto, delinear mejor esas unidades de actividad social y política más pequeñas. La década de los años sesenta del siglo XX estaba dejando ver los frutos de la reflexión política y social emprendida con nuevos bríos después, y a partir, de los estragos de la Segunda guerra mundial. En su momento, ningún enfoque teórico causó mayor impacto, ni despertó polémica más viva en plena guerra fría, que aquella famosa Conferencia de Milán del año 1955. En efecto, a diez años de terminada la guerra, en plena reconstrucción, el mundo se preguntó sobre ‘El futuro de la libertad’. Lo que ahí se dijo contradecía totalmente a lo que el mundo bipolar estaba observando y a las condiciones en que transcurría normalmente la vida cotidiana de cualquier ciudadano medio. Mientras el Occidente afirmaba su adhesión capitalista, negando totalmente la viabilidad del socialismo soviético, la URSS y con ella el pensamiento político y social de la izquierda del mundo, afirmaban su adhesión socialista, negando totalmente el modo de vivir capitalista. Entre esas tiranteces y conflictos ideológicos, la Conferencia de Milán vaticinó algo que escapaba a los determinantes significativos del momento, vaticinó ‘el fin de las ideologías’.¹⁵ Lo

¹³ Karl W. Deutsch, 1989, México, Paidós.

¹⁴ *Ibid.*, p. 256.

¹⁵ Cfr. S. M. Lipset, *op. cit.*, 5a. parte.

LA POLÍTICA EN MÉXICO

que entonces pareció como algo absurdo, fuera del vigente horizonte teórico-ideológico de significatividad, sería confirmado veintisiete años más tarde, con la caída del muro de Berlín y la apertura de la Puerta de Brandemburgo, en 1987.

Algo nuevo emergió, a partir de lo dicho en la Conferencia de Milán. Eso nuevo puede referirse tanto a nuevos agentes sociales, cuya presencia se dejó ver con toda claridad en la caída del muro de Berlín, como a nuevas prácticas políticas y sociales. El uso de la fuerza para dirimir conflictos puramente ideológicos fue claramente afectado. Esa práctica fue desapareciendo del actuar de los partidos políticos, a velocidades cada vez mayores. A ello contribuyó aquel gesto que derrumbó el muro, potenciado, además, por el retiro de la URSS de los conflictos ideológicos y consolidado por último, con el posterior derrumbe del Gobierno soviético. No cabe duda, en ese momento se dio un gran paso en el escenario político internacional, que repercutió, de manera poderosísima, en todas las latitudes del orbe. Se cumplía quizá la predicción del fin de las ideologías planteada en Milán.

En efecto, las transformaciones que sufrieron las tensiones ideológicas, —de haber sido la principal fuente y motor de los conflictos alimentadores del uso de la fuerza, hasta convertirse en tensiones menores que ya no implicaban la defensa a ultranza de las convicciones— inauguraron la presencia de nuevos agentes sociales en el campo de lo político.

Agentes sociales intermedios e intermediarios hicieron su aparición en el horizonte de las actividades públicas, sea en el interior de las relaciones de los grupos de la sociedad sea en la forma de inclinar la balanza de la representación política. Agentes que no son partidos políticos, pero luchan en la arena política, agentes que no tratan de conquistar el poder, sino que luchan por temperar su uso. Ante la novedad de su presencia se les denominó genéricamente como *grupos de presión*.¹⁶ De esta forma, ya al inicio de su aparición lo novedoso de su actividad

165

¹⁶ Antonio Lago Carballo, “Los regímenes políticos iberoamericanos”, en Maurice Duverger, *Instituciones políticas*, op. cit., p. 577-609.

ROMERO Y MUREDDU

originó descripciones sumamente interesantes: “Mientras los partidos políticos pretenden conquistar el poder y ejercerlo, dice Duverger, los grupos de presión se limitan a actuar sobre el poder, permaneciendo en su exterior, y presionan o influyen sobre los hombres que están en el poder. Su finalidad es orientar la acción del poder hacia sus intereses, sin asumir las responsabilidades de la decisión política”.¹⁷

A partir de la década de 1970 la tendencia de estos grupos de interés fue en aumento. Ya para la última década del siglo XX estas agrupaciones se han multiplicado de manera evidente. Sus áreas de interés y sus propósitos se han diversificado y abarcan desde la lucha general en pro de los derechos humanos hasta luchas por intereses de minorías étnicas o de opinión. Su proliferación ha obligado a englobarlos, de manera igualmente genérica, bajo el rubro de Organizaciones no gubernamentales. Su actuación ha llegado hasta los foros internacionales, donde han desplegado muchas de sus capacidades, tanto de convocatoria como de disensión.

166

El ámbito de acción de estas organizaciones constituye algo insólito en el panorama político y social. En efecto, estos nuevos actores sociales irrumpen en lo político, pero no pretenden conquistar el poder, sino actuar sobre él. De ahí deriva, sin embargo, la ambigüedad y, en no pocas ocasiones, la desconfianza que rodean la actividad de este tipo de organizaciones. La falta de compromiso que conlleva el inclinar las acciones de gobierno a los propios intereses, sin asumir la responsabilidad de la decisión tomada, hace surgir en las actividades de estos nuevos organismos un halo de incertidumbre y desconfianza. Contribuyen a ello tanto los medios utilizados como los fines propuestos para sus acciones. Ambos están sometidos a dos premisas difíciles de comprender, o por lo menos, con un alto grado de dificultad para ser aceptadas. Por un lado, guía la acción de estas organizaciones el fin propuesto por el fundador, ‘su espíritu’, podríamos decir y, por otro, los intereses que puedan estar bajo el financiamiento buscado y otorgado. En ambos casos nos encontramos con una doble fuente de incertidumbre que

¹⁷ *Ibid.*, p. 606.

LA POLÍTICA EN MÉXICO

frecuentemente enturbian la relación de estos organismos de la sociedad contemporánea sea con autoridades gubernamentales, que con otros núcleos de la población, sin importar el ámbito en que se agrupen.

Para mayor precisión y equilibrio en el análisis, es necesario puntualizar que no todas las organizaciones no gubernamentales están lacradas por esos márgenes de incertidumbre. Existen algunas cuyos fines se encuentran tan ligados a los procesos de modernización de países de alta complejidad, como el nuestro, que son parte misma de la transformación de la sociedad civil. Al deteriorarse las férreas estructuras del Estado corporativo, se abrieron huecos en el sistema social, tanto en sus aspectos jurídicos, como en sus ámbitos políticos y sociales, que no pocos grupos han sumado la indefensión, frente a las nuevas reglas de un juego que no sabían ni saben jugar, a la ignorancia y marginación sufridas previamente.

Sin embargo, hay otras, cuyos fines van más allá de las fronteras que las vieron nacer, cuyos intereses no se sabe bien a bien a quiénes sirven y cuyo financiamiento no se sabe de dónde viene. Son estas últimas circunstancias las que deben ser muy estrechamente analizadas, ya que de ellas deriva ese halo y ese margen de incertidumbre que hacen dudar a todo agente social, medianamente enterado. Si únicamente la incertidumbre fuese generada por el origen del financiamiento y por los intereses a que pudieran servir, cabría aun cierto margen de discernimiento, capaz de nutrir el criterio para enjuiciar rectamente la función de las ONG, al interior de sociedades complejas, como la nuestra. El problema se agudiza al constatar que dichas organizaciones utilizan el financiamiento para *calentar* determinados temas en los medios y con ello inclinar la opinión pública hacia sus fines e intereses.

Independientemente de los nuevos actores sociales, cuya acción ha sido descrita hasta aquí, queda aun por determinar la forma de conocer lo que la sociedad en su conjunto piensa y el modo en que tal forma de pensar se expresa. Algunos teóricos de lo social y lo político enfrentan el fenómeno novedoso, por lo menos en México, de otorgar o no un valor a lo que medios impresos y audiovisuales se esfuerzan por presentar como la opinión prevalente, llegando en algunos casos a calificarla

ROMERO Y MUREDDU

como ‘pública’. Ya en los años inmediatos al armisticio de 1945 los análisis en torno a las actividades políticas y a los agentes políticos se vieron, cada vez más, en la necesidad de atender la validez de las fuentes que pretendían dar a conocer la opinión pública. Incluso hubo movimientos que llegaron a afirmar que la única forma de temperar el ejercicio del poder era mediante la conformación de una opinión pública consciente y operante. A partir de ahí, tanto medios como organizaciones han pretendido ser los voceros, ya que no únicos por lo menos válidos, de dicha opinión pública. La forma más recurrente de presentarla, sobre todo en otros países, ha sido la encuesta.

168

Cada vez se han visto más y más resultados de encuestas, presentados como lo que opina la sociedad en varios aspectos. “La comunidad académica internacional ha debatido la función de las encuestas en el desarrollo de las democracias liberales desde que los estudios de opinión en Occidente se convirtieron en práctica común hace unas décadas.”¹⁸ Independientemente de la validez de los resultados de las encuestas, que se pueden garantizar mediante estudios estadísticos técnicamente impecables, realizados de la manera más completa y representativa posible, queda por conocer la forma de llevar a cabo la función más delicada y complicada: la interpretación de los resultados obtenidos. En efecto, continúa Gamboa Henze: “La interpretación teórica de los estudios de opinión es sumamente controversial en muchas democracias occidentales. El proceso se complica todavía más en países semi-autoritarios como México, donde las encuestas tienen una historia relativamente corta y aun son vistas con desconfianza por amplios sectores de la población.”¹⁹

Habría que añadir que si únicamente dudaran de las encuestas amplios sectores de la población, aun las encuestas podrían estar

¹⁸ Juan Carlos Gamboa Henze, “Medios de comunicación, encuestas y elección presidencial: México 1994”, en Roderic Camp, *Encuestas y democracia: opinión pública y apertura política en México*, 1997, México, Siglo XXI, p. 29-52.

¹⁹ *Ibid.*, p. 30.

LA POLÍTICA EN MÉXICO

asistidas por una validez teórica y técnica indudables, lo malo fue que tantos años de vivir en una sociedad gobernada por la verticalidad del Estado corporativo hizo que encuestas y estadísticas fuesen utilizadas con fines del momento. Por ello este recurso técnico de conocer mediante instrumentos matemáticos tampoco goza de mucha confianza en los ámbitos académicos mexicanos.

En circunstancias tan específicas como las descritas surge una pregunta clave. Se refiere a la validez de las interpretaciones que puedan atribuirse al sentido de los hechos que acaecen en la esfera de lo social, de lo público en países que transitan hacia la democracia y hacia la participación de la sociedad civil en los asuntos que la atañen. Un ejemplo puede ilustrar lo específico de nuestra situación: El asesinato de un Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica jamás puso en entredicho la democracia imperante en ese país; sin embargo, el encarcelamiento o la muerte de algún luchador social, defensor de derechos humanos o del patrimonio natural de campesinos mexicanos provoca que estudiosos y celebridades, e incluso alguna autoridad, lleguen a afirmar que está en entredicho la incipiente democracia mexicana, quizá la duda emerja por lo incipiente de la misma.

De todo lo dicho surge, entonces, el último apartado de nuestro estudio, aquel que se refiere al comportamiento de la opinión pública en México, sobre todo cuando se presentan los procesos electorales.

169

3. México y su opinión pública: ¿perversidad? ¿ingenuidad?

No resultaría comprensible determinar el papel de la opinión pública en el México de hoy, a menos que se puedan establecer puentes de continuidad, los cuales a la vez permitan unir y distinguir algunas etapas del México reciente. Es muy probable que en la práctica política del Estado corporativo mexicano se encuentren resabios de los rasgos absolutistas que Jean Meyer atribuyó al régimen porfirista.²⁰ En el

²⁰ Jean Meyer, *La Revolución mexicana*, 1991, México, Jus, p. 13.

ROMERO Y MUREDDU

orden de entender la forma de operar la opinión pública en México es menester entender aquello que la propició, o aquello que la anuló.

A juicio de Vasconcelos,²¹ la única diferencia entre el Estado corporativo, implantado por los vencedores de la Revolución, y el régimen contra el cual supuestamente se sublevaron fue la colectivización del Porfiriato. Lo anterior quiere decir que las estructuras de poder absolutista y de gran intrusión no cambiaron. Antes al contrario, el Estado corporativo cumplió ampliamente las expectativas políticas de control político y social albergadas por Porfirio Díaz a lo largo de su prolongado mandato. Se puede decir que no sólo cumplió con ellas, sino que las rebasó, pues generó mecanismos de control, basados en el Partido, que fueron mucho más eficaces y duraderos de los que fueron empleados por los científicos que integraron el gabinete de Díaz, inspirados en el Estado positivista de Auguste Comte.

170

Sostenemos que para comprender el papel que tiene o se le atribuye actualmente a la opinión pública en México, es necesario iniciar el planteamiento de forma tal que permita elaborar un recuento histórico de situaciones generales, propias de la sociedad mexicana. Mediante ello se podrá obtener una imagen mucho más clara de aquel comportamiento social que se incentivó durante el Estado corporativo. Por contraste podremos obtener también una imagen quizás menos clara o desdibujada de aquellos comportamientos sociales que se inhibieron. Del balance entre ambos podremos sacar las consecuencias pertinentes para lograr el propósito del presente estudio.

Nuestro breve recuento inicia con la consideración teórica implicada en el concepto 'Estado corporativo'. Si aceptamos la premisa enunciada por Vasconcelos, nos aproximaremos a una definición, aun cuando sea de manera provisoria y perifrástica. Asumamos que el Estado corporativo en México consistió en una forma de organización de la sociedad en la cual la esfera de lo político permeó todas las actividades, hasta absorber en el Estado y sus instituciones la totalidad del potencial social; si así fuera, entonces se podrá tomar como

²¹ Citado por Jean Meyer, *op. cit.*, p. 280.

LA POLÍTICA EN MÉXICO

punto de partida para nuestro planteamiento la ausencia de cualquier manifestación ciudadana, iniciando por la opinión pública.

En efecto, el modelo de Estado corporativo en México significó la implantación de prácticas colectivizadoras de opiniones y de capacidades. En casi todos los casos anularon cualquier manifestación que no concordara con lo definido o propuesto por el propio Estado a través de sus instituciones tanto políticas como administrativas.

El total de la vida pública colectiva se vio afectado de manera profunda por estas prácticas. En la vida cotidiana la omnipresencia y omnipotencia del Estado corporativo mexicano acostumbró a la sociedad a depender cada vez más de los dictámenes oficiales y a esconder su opinión, mediante técnicas psicológicas varias, desde el chiste hasta la autocensura.

Es conveniente resaltar algunas de las consecuencias que en el actuar social cotidiano tuvieron las prácticas mencionadas. Para nuestro estudio resultan de suma importancia dos de ellas: a) la primera consistió en promocionar e incentivar el disfraz o la mimesis política, más allá de convicciones, de teorías, o de tendencias, el único objetivo digno de lucha fue el conseguir o conservar el puesto. Esta tendencia apareció muy pronto entre las huestes revolucionarias²² y su influencia pervivió más allá de la lucha armada, hasta convertirse en un hábito político, a esta práctica se la conoce coloquialmente como *oportunismo*; b) la segunda consistió en la sujeción y la dependencia de grupos e intereses sociales respecto del oportuno tratamiento político que de sus reclamos hiciera el Estado, con el fin de lograr el mayor número de votos posible. El manejo clientelar de demandas y quejas acostumbró a otra práctica común, denominada *alineamiento* en el corriente uso del lenguaje político.

Ambas consecuencias, oportunismo y alineamiento, inhibieron eficazmente la expresión de la opinión. Setenta años de esta práctica generaron una especie de tendencia mecánica a privilegiar el disimulo y el mimetismo ante el poder, en gran medida para lograr de él privile-

171

²² Jean Meyer, *op. cit.*, p. 107.

ROMERO Y MUREDDU

gios o favores. En muchas ocasiones simplemente para lograr el cumplimiento de obligaciones y derechos, así fuesen los más elementales.

El efecto se dejó sentir en todos los ámbitos de la vida social y política de los mexicanos. La prevalencia del Estado y de sus intereses en todas las actividades de los principales actores de la sociedad, sobre todo en sus aspectos políticos, determinaron la aparición de rasgos muy peculiares en la forma de hacer y llevar cotidianamente la vida pública en México.

De entre los agentes de la sociedad que más recibieron esta influencia resaltan tanto los partidos políticos como aquellos otros agentes, fundamentalmente intermediarios. Entre ellos los más importantes para nuestro propósito fueron los medios de comunicación masiva. Ambas instituciones, partidos y medios, cuya función más evidente consiste en expresar los anhelos y las opiniones de la misma sociedad, al cultivar una modalidad de sometimiento hacia el sentir oficial y de canalización de sus designios, cultivaron también una extraña relación con la sociedad. En el primer caso, para con los partidos, se cultivó el principio de no involucrarse, es decir, la abstención, ya que el dictamen oficial había determinado lo importante, los tiempos políticamente adecuados y el cómo realizar la actividad. En el segundo caso, para con los medios, la sociedad guardó siempre cierta distancia entre la desconfianza y el agrado.

De los dos tipos de instancias intermediarias el Estado corporativo mexicano recibió beneficios. De los partidos políticos que vivieron a la sombra del Estado y de su partido oficial, el Estado corporativo mexicano recibió la simulación de oposición, siempre vencida. Tal es el caso de la mayoría de los partidos que existieron hasta antes de la reforma política concretada en la Ley federal de organizaciones políticas y procesos electorales, aprobada por el Congreso en diciembre de 1977.²³ Obviamente fuera de ellos se encontraban los partidos de auténtica oposición en los dos sentidos, la oposición armada y clandestina

²³ Luis Medina Peña, *Hacia el nuevo Estado. México 1920-1994*, 1995, México, FCE, 2a., p. 235.

LA POLÍTICA EN MÉXICO

y la que fue llamada por sus propios fundadores *oposición democrática*, como lo consigna José Antonio Crespo.²⁴

Más allá del momento y de la simulación democrática fue más duradero el beneficio que recibió el Estado corporativo de los medios de comunicación de masas, sobre todo los medios audiovisuales. El moldeamiento de la opinión, como de los ideales de cultura fue una aportación indudable de ese tipo de institución intermediaria. Tanto el Estado como los medios recibieron un rédito amplio del uso político de la información.

Algunos autores al analizar la prensa escrita durante el predominio del Estado corporativo mexicano la califican como *impresionista*;²⁵ con este calificativo dejan ver el carácter personal con que fue utilizada la prensa escrita en México. El periodismo ejercido mediante la prensa impresa sirvió de instrumento para expresar algunas opiniones, en algunos casos de extrema valentía en torno a algunos hechos, sin que esas impresiones quisieran rebasar el ámbito del criterio personal del quien las escribía, ya que no estaban regidas ni sustentadas por estudios estadísticos que midieran la opinión de la sociedad sobre algún hecho o decisión tomada por las autoridades.

En lo que se refiere a nuestro estudio, la opinión del autor mencionado, Roderic Camp, es de suma importancia. En primer lugar porque ha investigado, por veinte años, la educación en México con un enfoque teórico y metodológico probado en otros países.²⁶ Sin embargo, esa no es la razón principal. La premisa básica que hace válido para nuestro propósito el estudio de Camp consiste en que este autor, al expresar la valoración que le merece la opinión pública en México, observa algunas

173

²⁴ José Antonio Crespo, "México 2000: La elección de la alternancia", en *Estudios*, n° 62-63, otoño-invierno, 2000, México, ITAM, p. 43.

²⁵ Cfr. Roderic Camp, *op. cit.*, p. 13.

²⁶ Roderic Camp, *Mexico's Leaders: Their Education and Recruitment*, 1980, Tucson, University of Arizona Press. Roderic Camp, "Intellectuals and State in Mexico, 1920-1980. The influence of family in education", en Josefina Vázquez y Roderic Camp ed., *Los intelectuales y el poder en México*, 1991, Los Ángeles, El Colegio de México/UCLA.

ROMERO Y MUREDDU

diferencias que tiene nuestro país en relación con otras naciones de consolidada práctica democrática. Es interesante reseñar su opinión, una vez que nuestro país inició su tránsito hacia otras formas de práctica política. Puestos en esa dinámica, él mismo se hace eco de las desconfianzas que los círculos académicos mexicanos han sentido hacia el manejo oportunista y tendencioso de la información estadística, cuando afirma que “en México las encuestas de opinión pública y la presentación de encuestas en foros públicos son un fenómeno extraordinariamente reciente, que aparece por primera vez en forma prominente en el escenario político durante las elecciones presidenciales de 1988 y no tiene una influencia comparable a la que posee en la política estadounidense sino hasta la campaña presidencial de 1994, cuando entran a participar en el proceso buen número de agencias encuestadoras y fuentes de los medios”.²⁷

174

Sin embargo, que las encuestas aparezcan en el escenario político no quiere decir nada más que un instrumento nuevo se ha comenzado a utilizar en esa arena. Pero no es sólo la novedad del instrumento lo que ha sembrado la desconfianza. Los estudios de opinión en sí mismos pueden llevar consigo implicaciones políticas, lo cual también es captado por este autor y lo pone a la misma altura que la inadecuada determinación del muestreo, por ello afirma que: “no se sabe mucho de las implicaciones políticas de los estudios de opinión pública como medio de influir en decisiones políticas y potencialmente en los resultados electorales”.²⁸

La desconfianza en la expresión de la opinión, en el caso que nos ocupa se conecta de manera directa con una cultura política de amoldamiento y disimulo, que rebasa la idoneidad de los instrumentos, de la capacidad técnica para aplicarlos o del cálculo minucioso del muestreo. Discrepamos con Camp al atribuir a herencias latinas o indígenas la raigambre del rasgo analizado en la cultura política mexicana. A la letra afirma que: “...históricamente la mayoría de las sociedades

²⁷ Roderic Camp, *Encuestas y democracia*, op. cit., p. 11.

²⁸ *Ibid.*, p.12.

LA POLÍTICA EN MÉXICO

trata a las comunicaciones masivas dentro de un ambiente social mayor, que puede describirse como libertario o autoritario. México, cuya herencia combinada española e indígena ha sido tradicionalmente autoritaria, ha generado un enfoque autoritario tanto en su política como en su tratamiento de los medios impresos. Estados Unidos, desde luego, opera en un contexto libertario, más que su madre patria, Inglaterra, que prefiere un patrón más secreto en la comunicación entre gobernantes y gobernados”.²⁹ Las razones que se aducen para comprender el enfoque que se ha dado en México a la política corporativista van más allá de nuestras herencias étnicas, aunque quizás no pueda negarse su vinculación con la herencia de la cultura política reciente, la cual no es privativa de nuestro país. En efecto, el autoritarismo del Estado moderno se ha presentado con la anulación de la libre expresión de las ideas. Para lograr tal amoldamiento de la sociedad diversas corrientes ideológicas, como han sido la fascista, la nazista, la macartista o la stalinista, han apelado siempre a la razón de Estado. Con ello se ve que el Estado autoritario ha constituido para los políticos una tentación constante, que va más allá de etnias o fronteras.

Algo hay, cuya verdad puede afirmarse sin lugar a dudas: los aires libertarios llegaron a México al final del segundo milenio. Ello quiere decir que los mexicanos tenemos mucho que aprender en el ámbito del cotidiano hacer político.

Nuestras tendencias más prontas y mecánicas nos conducen fácilmente al autoritarismo, o al abstencionismo. De esta forma tenemos que: o bien se comprende como democracia el hecho de que prevalezca la propia opinión, no de que prevalezca la opinión de la mayoría, aunque pueda estar equivocada; o bien nos abstenemos de expresar la propia opinión, por temor a la represalia que pueda venir desde el poder. Ambas tendencias son mecánicas y nos traicionan.

Algunos rasgos de las dos tendencias pueden caracterizarse a partir del actuar público de los principales agentes sociales. Ejemplos de ello lo tenemos en la actualidad política mexicana en los tres niveles

175

²⁹ *Ibid.*, p. 13.

ROMERO Y MUREDDU

de gobierno y también en la actuación de la misma sociedad civil. En el máximo nivel, las formas desmañadas de ejercer el puesto público suponen una reacción al formalismo corporativista. Sin embargo, implican el desconocimiento de los principios de la democracia representativa, en la cual la representatividad camina en los dos sentidos, tanto en aquel sentido que manifiesta la voluntad del electorado, como en la investidura que asiste a aquel que la representa. En el nivel estatal tenemos manifestaciones de nuestras tendencias al observar como es más fácil oponerse que gobernar, resonando e imitando, al revés que en el caso anterior, los manejos clientelares cuyo único incentivo es obtener votos, sin asumir el riesgo de tomar medidas justas que quizás afecten el aprecio popular. Ambas manifestaciones, por pertenecer a los notables pueden esconder en su interior muchas de las perversidades a que nos acostumbró la estructura rígida del Estado corporativo.

176

Frente a ello ¿qué puede hacer la opinión pública? ¿Quién puede arrogarse el privilegio de conocerla? Nos muestra el espectro político mexicano contemporáneo que en el escenario público se han multiplicado, de manera insospechada las organizaciones no gubernamentales, lo que quiere decir que en el México de hoy la sociedad civil otorgue mayor credibilidad a organismos que no luchan por el poder, sino que luchan por inclinar las decisiones del poder hacia sus propios fines. Lo anterior preocupa en el sentido de que la sociedad está siguiendo el antiguo camino de la abstención política, revestido ahora de activismo social. El activismo social de numerosas ONG se presenta conectado, generalmente, con lo que compete a las minorías. El abandono que muchos de esos núcleos presentan hacen olvidar frecuentemente que la democracia representativa lo es por estar sustentada por la opinión expresa de las mayorías.

El peligro que corremos es grande, oscila entre la desconfianza y el retraimiento, por un lado y la excesiva confianza en formas paralelas, por otro. En las cosas humanas, decía la antigua tradición helénica, la virtud está en el medio.

Pretendemos que estas reflexiones inciten a nuevos abordajes, que penetren en las distintas capas de la sociedad mexicana y fomenten no

LA POLÍTICA EN MÉXICO

nada más la libertad de expresión por atrevernos a participar en algún careo televisivo, como los que se han puesto de moda, sino porque al analizar los rasgos que caracterizan nuestra cultura política, nos asumamos como somos y enfrentemos el reto de incentivar lo mejor que recibimos de nuestro pasado.

En el entretanto queda la duda en torno al camino político que está recorriendo en este momento la sociedad mexicana, enfrentada a nuevas realidades y acostumbrada aún a responder con las formas que se afincaron en ella durante todo el siglo XX. Por ello sigue siendo lícito preguntarnos sobre la dosis de ingenuidad o de perversidad que a todos nos acecha, en momentos tan delicados de la vida del país.